

# BRIDGE

## *Primavera, último año*

–Último baile –canturrea Leigh en el estacionamiento, buscando a Iz, el autobús VW pintado con aerosol que bautizó en honor a un artista callejero fallecido de Nueva York–. Puedes venir y no tomar, ya sabes.

–Ahí está –señalo al otro extremo del estacionamiento, donde Iz descansa, panzón, bajo el sol–. Y no es eso.

Es eso, y Leigh lo sabe. No puedo arriesgarme a volver a perder el control. Después de que Wil me dejó, ya no había nadie para quitarme el vaso de plástico rojo de la mano, nadie que me susurrara que ya había tomado suficiente, que tal vez debería irme a casa. La primavera y el verano del tercer año pasaron en una confusión de cerveza, fogatas y fiestas en casas ajenas, hasta que un día, repentinamente y con fuerza, la realidad me

golpeó cuando recibí una citación de la policía de Atlantic Beach por tenencia de alcohol.

Mi falta me llevó a realizar servicio comunitario y, además, recibí una carta de la Universidad Internacional de Florida en la que me informaban que un incidente más con la policía pondría en riesgo mi ingreso a la casa de estudios y mis posibilidades de un buen futuro.

No me molestó el servicio comunitario. Completé las horas hace meses, aunque aún paso algunas tardes cada semana con Minna Asher, la mujer mayor que la corte me asignó.

–No podría ir, aunque quisiera. Mamá trabaja hasta tarde y tengo que realizar las compras en Publix y cuidar a Micah –le digo a Leigh.

–Es como la tercera vez consecutiva que pierdes –responde entre risas.

–La cuarta –mamá y yo tenemos un juego que llamamos *Gallina culinaria*. Tomamos turnos para preparar la cena tratando de hacer lo mejor posible con lo que haya en el refrigerador y en la alacena. Quien sea gallina y vaya a la tienda primero, pierde. La cena de anoche (mía) fue chuletas de cerdo con avena crocante y jalea de fresa. Me llamé gallina por mi propia cena, la deseché y ordené comida china. Pierdo casi todas las semanas porque mamá hace trampa y trae las sobras del restaurant gourmet del resort en el que trabaja. El lugar es tan pretensioso que pueden darse el gusto de evitar usar la letra *e*.

–La fogata no comenzará hasta las ocho. Si cambias de opinión...

–Te llamaré –le prometo.

–Es mejor que lo hagas –dice Leigh chocando su cadera contra la mía. Huele a aceite de coco; ahora lo usa para todo, desde el shampoo hasta la cera para su tabla de surf. Irá becada a la Universidad Savannah de Arte y Diseño y, según dice, se está preparando para la vida y el presupuesto de un verdadero artista. Puede decir cosas como esa porque su papá es ortodoncista y su mamá se queda en la casa, y nunca escuché

a ninguno de ellos decir la palabra *dinero*; así es cómo sé que tienen suficiente.

Con los pulgares debajo de las correas de mi mochila, atravieso el estacionamiento, abriéndome camino entre las viejas camionetas pickup, autos y el deteriorado aparcadero con bicicletas playeras. Me encuentro con mi pickup en un extremo del estacionamiento y arrojo la mochila por la ventana entreabierta. En poco tiempo, me encuentro conduciendo hacia el norte con el océano como una banda azul centelleante a mi derecha. Por mi ventana pasan imágenes de tejados, piscinas en forma de riñón y algunos trampolines de colores pastel desgastados.

*La peor postal de sí misma*, pienso, una frase del poema sobre Florida que leímos en la clase de Literatura el año pasado.

La tienda está a unos pocos kilómetros de distancia por la avenida Atlántico. Recorro las góndolas con mi carrito, llenándolo con pasta, vegetales congelados y el pan favorito de Micah, el que tiene queso adentro, a pesar de que en estos momentos no se lo merece. No después de que el consejero escolar llamara a mamá para informarle que mi hermano está mostrando (y es una cita textual) *conducta pre-delincuente*, faltando a clases e insultando a las maestras.

El salmón se ve bien, así que decido despilfarrar en él. Tacho todas las cosas restantes de mi lista mental y hago otra parada: el refrigerador junto al sector de balones. Está lleno de arreglos de gladiolas venidos a menos y floreros de vidrio de tulipanes y rosas. Tomo el último ramo de girasoles.

–Si no es nada menos que Golden Gate.

Tomo los girasoles del refrigerador y volteo lentamente.

–Ey, Wilson –digo. El padre de Wil es enorme, sus hombros son tan anchos como para rescatar a una chica del océano, como hizo cuando yo tenía nueve y Wil me retó a que nadara más allá de la rompiente. Desde

que lo conozco, lleva el mismo uniforme todos los días: jeans, botas de trabajo y una camiseta de CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE BOTES HINES, manchada y harapienta. Tengo una igual, escondida en el fondo de mi armario. Su cabello está recogido en un medio rodete.

–Girasoles –señala.

–Mamá está estudiando para obtener su licencia como corredora inmobiliaria. Está un poco estresada así que... –le explico sosteniendo las flores en alto. Quería contarle que, a mamá, los girasoles le recordaban los veranos en la casa de su abuela, y quería preguntarle si él sabía sobre la conexión cerebral entre el olfato y la memoria. De seguro me llamaría “sabelotodo”, como hacía cuando era niña.

–Yo vengo por tulipanes –responde con una sonrisa. Sus ojos son del mismo color que los de Wil: turquesas con destellos dorados. Su barba alcanzó proporciones épicas, indescriptibles, y su cabello se volvió gris a los lados-. Es nuestro aniversario con Henney. Veinticinco años. Le compré tulipanes en nuestra primera cita. Y donas de Cinotti.

–Ah, vaya. Eso es... Felicidades. Dile que... felicidades.

–Lo haré –asiente Wilson. Nos quedamos en silencio por un momento, imagino cómo sería tener un padre que hubiera permanecido con mamá por veinticinco años. Lo que Wil no notó fue que al borrarle de su vida no solo lo perdí a él. Perdí los bocadillos de manzana y mantequilla de maní servidos en un plato plástico y las competencias de *body-surf* y los fuertes contruidos con velas viejas y cojines. Cosas de padre.

–Tengo que ir a casa –digo dando un paso atrás.

–¿Van a arreglar lo que haya pasado entre ustedes dos? –me pregunta Wilson, haciendo que se me detenga el corazón. Esa es una de las cosas que admiro de él, siempre dice lo que piensa.

–Él está con Ana ahora... –intento tragar saliva, pero mi garganta está cerrada.

–Mi hijo tiene muchas virtudes, pero tiene algunos defectos también. Es muy testarudo. No puede dejar pasar las cosas –me interrumpe Wilson.

–Los dos cambiamos mucho en el último año –murmuro. Es una frase trillada. No son palabras mías ni de Wil–. Nos alejamos.

Wilson sacude su cabeza.

–Depende de Wil. Él es el que está enfadado conmigo –agrego mirando al suelo.

–Arréglenlo, Brooklyn. Lo que haya pasado, ya pasó. Nunca es tarde para arreglar tus metidas de pata. Créeme –responde Wilson con un tono severo.

Se acerca al refrigerador para tomar un arreglo de tulipanes amarillos. Luego me da una palmada en la espalda con su mano libre.

–Pero Ana...

–¿Qué pasa con Ana? –dice bruscamente–. Estoy hablando de amistad, no de citas ni nada de eso. No pintas el bote si el casco está podrido, ¿no?

–No –murmuro.

–Creo que ya tenemos todo –Wil aparece por un pasillo con Ana abrazada por la cintura. Desearía odiarla, pero ella no es la clase de chica que inspira emociones de esa magnitud. Es bonita, incluso bajo las luces de una tienda, y aun así no presume de ello. Es la presidenta de nuestra clase y escuché que da clases de apoyo a niños en la ciudad dos veces a la semana y no dejó de hacerlo una vez que ingresó a la universidad. Tiene buenas calificaciones. Seguramente usa hilo dental. Es buena. Wil merece una buena chica.

»Oh, ey –dice cuando me ve. Su vista se mantiene en mi oreja. No me mira directo a los ojos desde el año pasado.

–Ey, chicos –respondo, quebrando el tallo de un girasol por accidente.

–Bridge –Ana sonrío, quizás demasiado, y busca la mano libre de Wil. Su cabello es oscuro y brillante. Sus ojos son del color de un anillo

que Wil me compró en la tienda de regalos de un museo durante una excursión escolar en quinto curso; un óvalo color ámbar con un escorpión congelado en el interior.

–¿Fiesta de aniversario? –pregunto. Alguien tenía que decir algo.

–Ah, sí –responde Wil exhibiendo su canasta. Finjo estar interesada en las tres marcas diferentes de galletas y los cuatro tipos de queso–. Será una cosa familiar. Nosotros cuatro.

–Divertido –no quise sonar herida, pero noté mi tono de dolor en el gesto de los labios de Wil.

–No es gran cosa –murmura él. No le gusta lastimar a las personas. Aunque lo merezcan.

–Habla por ti –dice Wilson bruscamente–. Veinticinco años de matrimonio suenan como una gran cosa para mí.

–Así que –interrumpe Ana, animada–, iremos a la fogata más tarde, ¿tú irás, Bridge?

–En verdad ya no voy a esa clase de cosas –respondo negando con la cabeza.

–Uh, cielos –reacciona llevando una mano a su boca.

–Está bien –de pronto, me siento exhausta.

–No. Creo que es como muy maduro, la forma en la que superaste las cosas.

–Ana –dice Wil rascándose la nuca.

–Tengo que ir a casa –me despido.

–Ey. Piensa en lo que te dije, señorita –dice Wilson agitando los tulipanes.

–Sí –respondo. Con el rostro encendido saludo y empujo mi carro por el pasillo, demasiado rápido por el sector de balones. Puedo sentir las miradas de Wil, de su papá y de Ana, y deseo estar a un océano de distancia de ellos. Wilson estaba equivocado: no hay forma de arreglar

lo que nos hizo a Wil y a mí. Lo que sentí antes, esa repentina y extraña sensación de nostalgia, se desvaneció. Y otra vez deseo irme. Ahora más que nunca.